

## SOBRE LA ODA DE FRAY LUIS DE LEÓN A FRANCISCO SALINAS

El presente trabajo comprende dos partes diferentes: en la primera se hace el estudio gramatical de la oda y en la segunda un ensayo que podría llamarse de interpretación.

Comienzo, pues, analizando gramaticalmente las estrofas en su orden de sucesión.

«Oda a Francisco Salinas»; cualquiera diría que en esta frase hay un verbo tácito cuya naturaleza delata el complemento indirecto «a Francisco Salinas» que exige uno tal como ofrecer o dedicar. De suerte que podría decirse «Oda ofrecida a Francisco Salinas».

### I

*El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada  
Salinas cuando suena  
la música extremada  
por vuestra sabia mano gobernada.*

En los primeros versos «el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada», hay dos proposiciones completas y a la vez intransitivas que tienen como idéntico sujeto a «el aire». El complemento dativo «se», tiene la particularidad de llevar la misma forma para el caso acusativo, y se omite en el segundo verbo por ser ello innecesario. «De hermosura y luz no usada» son complementos que modifican al verbo «se viste»; el caso que les corresponde lo anuncia la preposición «de» que aquí tiene un significado de instrumento: es por tanto circunstancial.

El resto de la estrofa continúa: «Salinas cuando suena la música extremada por vuestra sabia mano gobernada». «Salinas» es un vocativo, y como tal, elemento

que por no ser de estricta necesidad en la oración desde el punto de vista gramatical, podría omitirse; sin embargo, las reglas retóricas lo exigen, pues el vocativo en castellano ha heredado toda la elegancia del vocativo en latín.

Ordenando la estrofa tendríamos: «Salinas, cuando suena la música extremada por vuestra sabia mano gobernada, el aire, etc.» El sujeto es «música» cuyo verbo «suena» está modificado por la frase sustantiva «por vuestra sabia mano», que sirve de complemento circunstancial; «gobernada» es un predicado que se refiere al sujeto «música» por medio del verbo «suena»; «cuando» es un adverbio relativo que modifica al verbo «sonar».

### II

*A cuyo són divino  
mi alma que en olvido está sumida  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.*

«A cuyo són divino» es una frase relativa en la cual «cuyo» tiene como antecedente a «música» y como consecuente a «són divino», significando toda la proposición la circunstancia del verbo «tornar».

«Mi alma que en olvido» y el resto de la estrofa, constituyen una sola proposición que tiene como sujeto a «música», modificado por la frase relativa adjetiva «que en olvido está sumida» y que en este caso es especificativa, puesto que omite la coma. «A cobrar el tino» y lo siguiente son un complemento indirecto de «torna», rigiendo el verbo «cobrar» a su turno, dos complementos directos: «el tino» y «memoria», modificados éstos a su vez por el artículo «el», el primero y el segundo por el adjetivo especificativo «perdida» y el complemento adjetivo «de su origen primera esclarecida», tomado «origen» como de género femenino.

## III

*Y como se conoce  
en suerte y pensamientos se mejora  
el oro desconoce,  
que el vulgo ciego adora  
la belleza caduca engañadora.*

El primer verso «y como se conoce» es una proposición completa cuyo sujeto es el mismo de la estrofa anterior mi «alma». El verbo es «conoce», que está modificado por el adverbio «como». La conjunción «y» liga esta proposición con la de la anterior estrofa, o sea «torna a cobrar el tino». «Se» complementario reflejo acusativo del pronombre de tercera persona, que en este caso viene a ser «ella» — «el alma» —, sirve de complemento directo del verbo «conoce».

«En suerte y pensamientos se mejora»; este segundo verso constituye otra proposición completa que contiene casi los mismos elementos de la anterior; se diferencia únicamente en que el verbo en lugar de estar modificado por un adverbio que en la otra frase es «como», lo está por el complemento circunstancial «en suerte y pensamientos».

El tercer verso «el oro desconoce» tiene el mismo sujeto tácito «alma» y un verbo similar «desconoce», cuya significación se halla completada por el complemento directo «el oro»; dicho complemento lleva como modificativo el verso siguiente, que es la frase relativa «que el vulgo ciego adora», la cual debería estar precedida de una coma, puesto que «el oro» no admite especificación sino explicación; esta frase relativa tiene como sujeto a «el vulgo ciego», como verbo a «adora» y como complemento al mismo relativo «que».

«La belleza caduca engañadora» es también complemento del verbo «adora». «La belleza» está modificado por los adjetivos «caduca» y «engañadora», que son especificativos.

## IV

*Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música que es de todas la primera.*

Los dos primeros versos de esta estrofa «traspasa el aire todo hasta llegar a la más alta esfera» forman una sola proposición que tiene como sujeto el mismo de las anteriores «alma»; el verbo es «traspasa», el cual rige el complemento directo «el aire todo», en el que es digno de notar la hermosa transposición del adjetivo.

El verso siguiente: «hasta llegar a la más alta esfera» es un complemento circunstancial del verbo «traspasa», que consta de una preposición, «hasta», con su término compuesto «llegar a la más alta esfera», en el cual debe observarse el doble carácter de «llegar», que como verbo rige el complemento «a la más alta esfera», y como sustantivo sirve de término a la preposición. Transformado el infinitivo por una oración de relativo, hubiera podido decirse: «hasta llegar a la más alta esfera», pero perdiendo la frase toda su elegancia.

La proposición que luego viene, abarca los tres versos restantes y está ligada a la anterior por la conjunción «y». Sobra decir que el sujeto también es «alma»; el verbo es «oye», que está modificado por el adverbio demostrativo de lugar «allí», y tiene como complemento al resto de la estrofa; el sustantivo «modo» se encuentra modificado por el complemento adjetivo «de no perecedera música», formado por el sustantivo «música» y el adjetivo «perecedera», que a su vez va modificado por el adverbio «no», que pudiera haberse suprimido diciendo: «de imperecedera música». «Que es de todas la primera» es una frase relativa adjetiva especificativa que se refiere a música. En este caso el verbo «ser» significa existencia.

## V

*Vé cómo el gran maestro  
a aquesta inmensa citara aplicado  
con movimiento diestro  
produce el són sagrado  
con que este eterno templo es sustentado.*

El verbo «vé», con que se comienza, rige el complemento que está formado por todos los versos, pues lo que el sujeto tácito «alma», «vé», es todo lo que se dice en el resto de la estrofa. De manera que en rigor sólo existe una proposición representada por la inflexión verbal «vé» y su complemento, que viene a ser una frase admirativa que no por eso deja de ser complementaria. Nótese, pues es muy importante, que toda la estrofa constituye un atributo compuesto que se refiere al sujeto tácito simple «alma», cuyo verbo predominante es «vé», modificado por el adverbio relativo «como» que equivale a «que». Esta sustitución es muy común cuando dicho relativo no tiene antecedente llamándosele entonces anunciativo. «Con movimiento diestro» es un complemento circunstancial del verbo «produce» que además exige un complemento directo que es «son sagrado». «Sustentado» es un predicado que mediante al verbo «ser» se refiere a «eterno templo».

## VI

*Y como está compuesta  
de números concordés, luego envía  
consonante respuesta  
y entrambas a porfía  
mezclan una dulcísima armonía.*

«Y como está compuesta». El «como» de este verso hace contraste con el de la estrofa anterior en que figura acentuado, siendo por tanto en aquélla admirativo y en éste causal, pudiendo reemplazarse el segundo por el adverbio «porque» sin detrimento del sentido, pero

sin el mismo énfasis. Sería curioso notar los oficios del «como» tres veces repetido en la oda; «y como se conoce», en donde está tácito el adverbio demostrativo de modo «así»; podría por consiguiente decirse: «así como se conoce», siendo «así» antecedente de «como» y equivaliendo ambos a la frase adverbial relativa «así que»; «ve como el gran maestro» en donde, a semejanza del anterior equivale a «que»; «y como está compuesta», frase en la cual, como ya se ha dicho, reemplaza a «porque», denotando causa.

El verbo «está» tiene por sujeto tácito a «música» que se encuentra modificado por el predicado subjetivo «compuesta», el cual, como adjetivo que es, aparece también modificado por el complemento «de números concordés», que forma con él una frase adjetiva.

## VII

*Aquí la alma navega  
por un mar de dulzura y finalmente  
en él así se anega  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye o siente.*

«En él así se anega»; en este verso el artículo «el» está sustantivado y por tal razón lleva acento. «Aquí la alma navega»; el empleo de la forma «la» delante de «alma» no suena muy bien y actualmente su uso no es permitido sino en el caso de que el nombre a que modifica empiece por «a» no acentuada, pudiéndose decir, por ejemplo: la «acémila».

Tanto en la «Oda a Salinas» como en el resto de la obra de Fray Luis, el principio que impulsa su espíritu y en que se sintetizan todos sus demás principios estéticos y morales, es el de una superior armonía: ya en «Los nombres de Cristo» había dado el paso decidido a la concepción de una ley, que para él más que ninguna otra habría de gobernar al hombre, expre-

sándola con términos que denuncian tal pujanza de sentimiento, y con tal vigor en el decir y un tan acabado sentido de lo que me atrevería a llamar estética cósmica, que no puedo menos que repetir algunas de sus briosas palabras al respecto: «Las cosas, demás del ser real que tienen en sí, tienen otro aún más delicado, y que en cierta manera nace de él, consistiendo la perfección en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que de esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mío, se abra-ce y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean, y extendiéndose y como desple-gándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo». Supo, pues, su espíritu delicadísimo hallar la fórmula de la belleza dinámica e imperecedera, que irradiaba, bulle y se agita ora en la esfera inmaterial, ora en la tangible, a la cual su gusto galano y elevado idealizara de manera tan inefable. La armonía fue, por consiguiente, su ideal, y de aquí que cantara con varonil entonación el acorde cósmico del mundo con el mundo del alma, que a su misticismo se le antojaba más preñado de ricas bellezas en la armonía de las humanas consonancias con la música del universo, ejecutada por el supremo artista; armonía que no era otra que la música de los números concordes que oyeron los pitagóricos allá en uno de los más bien forjados eslabones de la cadena de los siglos, y la que luégo cultivaron como divina herencia San Agustín y San Buenaventura, sucediéndoles en tan rara hazaña Fray Luis, quien quizá obtuvo no menos dichas posesiones que aquellos.

Baste esta corta advertencia sobre la ideología del teólogo-poeta, la cual, nos abrirá el camino para com-

prender cómo la «Oda a Salinas» es el espíritu de un hombre, que disuelto en una doble armonía de músicas celestiales y humanas, se transforma en lira y musita notas de concordancias secretas, al sorprender paraísos de un mundo ultraespiritual.

La nota más delicada la da en los primeros versos, en los cuales, suave como un suspiro, tenue como una sonrisa se deja llevar por la cadencia musical que gobierna la mano maestra de Salinas:

*El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada  
Salinas cuando suena  
la música extremada  
por vuestra sabia mano gobernada.*

Luégo cuenta cómo al impulso invisible su alma se vuelve poderosa para disfrutar de los deleites superiores. Desde que percibe los primeros acordes su espíritu inicia la ascensión predilecta, acompañada de un despojarse de materialidad que crece a medida que recobra la memoria de su esclarecido origen:

*A cuyo són divino  
mi alma que en olvido está sumida  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida;*

al reconocerse, se sume en la dicha de estar consigo mismo, hasta el extremo de olvidar en absoluto los ídolos que el mundo venera, hasta no saber que exista el oro y la belleza engañadora, que tántos persiguen y que, a tántos mata:

*Y como se conoce  
en suerte y pensamientos se mejora  
el oro desconoce;  
que el vulgo ciego adora  
la belleza caduca engañadora.*



Llega también hasta el éxtasis como se ve en las estrofas que siguen. No ligándolo a la tierra más que el són de una cadencia musical en consonancia con notas celestiales de una orquestación que el ser de sus predilecciones há infinidad de milenarios produce con movimiento diestro en todo el cosmos, su alma comienza a extenderse por los espacios de la inspiración divina, gradual y armónicamente, recorriendo con ritmo progresivo la inacabable serie de tonos que existen de lo leve a lo intenso, de la misma manera que el entusiasmo nos roba poco a poco el corazón, desde las primeras vacilaciones hasta la dulce locura generosa; cuando llega a la más alta esfera, se siente transportado a la suprema contemplación y canta con arrobadora elocuencia la dicha de sentirse anegado de ideal, colmado de paz, disuelta el alma en el sosiego que le depara la presencia de su Dios, y gusta en exceso la hermosura que encierra el hundirse en ese su mar de todo perfecto goce, en esa su fuente, manantial de toda hermosura, que para el fraile poeta constituye la mayor ambición que en él siempre fue síntesis de sabiduría:

*Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música que es de todas la primera  
vé cómo el gran maestro  
a aquesta inmensa cítara aplicado  
con movimiento diestro  
produce el són sagrado  
con que este eterno templo es sustentado  
y como está compuesta  
de números concordés, luego envía  
consonante respuesta  
y entrambas a porfia  
mezclan una dulcísima armonía.*

*Aquí la alma navega  
por un mar de dulzura y finalmente  
en él así se anega  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye o siente.*

Es digno de hacer notar el prodigio de armonía de que hablan las anteriores estrofas: el ritmo que percibe el sentido del oído eleva al místico a establecer correspondencia con un ritmo divino, unificando en su conciencia al infinito hecho todo musicalidad; las melodías de la tierra tienden lazos invisibles que las ligan con la incontable multitud de notas que emanan de su universo interior, cesando la variedad abrumadora y transformándose la diversidad en polifonía unificada, y surgiendo entonces la nota única y vibrante que el poeta siente dulcísima, y que constituye la música eterna que para los pitagóricos, para los místicos ya traídos a cuento, y para el mismo Fray Luis, se identifica con una inteligencia omnipotente.

*Oh desmayo dichoso!  
Oh muerte que das vida! Oh dulce olvido,  
durase en tu reposo  
sin ser restituído  
jamás a aqueste bajo y vil sentido.*

¡Oh muerte que das vida!, es la exclamación en la cual se podría resumir no sólo la poesía sino también la filosofía intensamente vital del agustino. El ha violado el misterio que se encuentra más allá de la muerte, y por haber visto cosas nunca vistas y siempre ambicionadas, por haber navegado «en un mar de dulzura» quiere seguir viviendo esa sensación de plenitud, durar en tal reposo, «sin ser restituído jamás a aqueste bajo y vil sentido». El quisiera seguir cantando, seguir riendo y trinando en la intensidad de ese nuevo vivir, olvidada el alma de lo que antes sólo era miseria entre lodo.

Es la estrofa más hermosa de todas, ya que los momentos de mayor emotividad están expresados en ella dentro de una consonancia y un ritmo perfectos.

Nótese cómo la música no causa en él las impresiones indecisas, los fantasmas y las vaguedades que suscita a la mayoría de los que en ella se deleitan; la siente sí como són diáfano y sonoro que lo transporta a un mundo de armonías, tan abierto y tan claro como un mar, en donde tejen una red sutilísima de consonancias, ritmos, melodías, números e ideas que concuerdan sus tres musas predilectas: la bondad, la verdad y la belleza. Obsérvese también, y esto se hace extensivo a todas sus odas en que fue maestro, el dominio y la sencillez con que logra coordinar las palabras y después las frases, de tal manera que manifiesta las ideas y sentimientos en toda su amplitud y esplendor; torna asequibles a cualquier inteligencia, dándoles cuerpo y vida, aun los momentos de mayor elación lírica, y permite comprender al lector capacitado para sentir la belleza, algo de lo que sería aquel placer al mismo tiempo sensible y acabadamente espiritual, tenue no obstante ser intenso.

Pero el poeta, en medio de la inspiración y del placer, no se olvida de aquellos a los cuales ama y nos sorprende con un admirable rasgo de altruismo: arrebatado todavía su espíritu por la verdad grandiosa que contempla, vuelve con hermoso ademán sus ojos a la tierra para brindarles a las glorias de la poesía, amigos a quienes ama sobre todo tesoro, aquel motivo supremo, aquel completo gozar «que todo lo demás es triste lloro».

*A este bien os llamo  
gloria del apolíneo sacro coro  
amigos a quien amo  
sobre todo tesoro  
que todo lo demás es triste lloro.*

La última estrofa es una invocación a la música de Salinas que tiene la hechicera virtud de transportarlo

hasta Dios, dejándole insensible a cualquiera otra emoción:

*Oh! suene de continuo  
Salinas vuestro són en mis oídos  
por quien al bien divino  
despiertan los sentidos  
quedando a lo demás amortecidos.*

En general, de la oda de Fray Luis al músico ciego Francisco Salinas, diré que pertenece a aquél incomparable género lírico de que son muestras *el Himno de Sinesio de Cirene*, el *Himno a la belleza intelectual* y el *Epipsichidion* de Shelley y el *Pensiero dominante* de Leopardi, cantos en que el genio poético asciende en alas de la fruición estética a las más altas esferas de la intuición trascendental.

Luis de León fue un continuo trovador del ideal místico, sin que jamás descendiera a prodigar sus amores al vulgo profano; su obra, por tanto, no es anárquica, no está desmoronada en mil fútiles orientaciones, sino que permanece levantada a las tranquilas concepciones de lo que sólo es y puede considerarse como uno. En todos sus poemas, en todos sus escritos, al mostrarnos hasta la evidencia que el mundo es perpetuo e inacabable cilicio, que el deleite terreno es espejismo y que hay necesidad de algo diferente de este «triste lloro», que colme el insondable vacío, so pena de mirarnos como las más miserables criaturas sobre las que pesaron las mayores injusticias, no hace otra cosa que explicarnos su gran noción acerca de la vida y del destino del humano linaje.

Pudo, pues, Fray Luis de León apreciar el mundo en su verdadero valor, siendo éste el motivo de su soberana tristeza por no vivir otra vida que esperó con tanta premura. Sin embargo, prudente hasta lo sumo, así en las cosas de la inteligencia como en los intereses del corazón, acertó a convertir su dolor en alegría,

ciñendo para ello la platónica divisa a cuya presencia se despejaban las entradas de mundos en que la grandeza de sentimientos e ideas armonizan con una bondad y gracia en todo momento extrahumanas.

En tan sabia defensa la naturaleza misma le prestaba su contingente de grande ayuda; dura habría sido para él la vida sin el espectáculo de aquélla, ya que le servía de inmenso consuelo el encontrar en la tierra «la huella de los divinos pasos», como dijera San Buenaventura, para seguirlos desde la esfera del mundo, pasando por las que le siguen en ascenso, hasta llegar a la más alta de todas. De aquí que su espíritu, no tallado para la químera o el engaño sino para anegarse en trascendental realidad, del mundo exterior sólo quisiera ver «la fuente, el monte, el río», todo lo que pudiera ser el confidente propicio de su codiciada calma, y por cuya compañía lograrse sentir a ratos, libre el corazón de «celos y recelos» y dar pábulo a su nostalgia de infinito.

No quiere decir que este retraimiento acusara al hombre decepcionado de la existencia que buscara en ello y en cantarle al dolor un mezquino consuelo para poder vivir; muy al contrario, fue el cantor de una verdadera vida y para quien en realidad no existía la muerte; fue el vidente humanista que supo dar a la idea un significado redentor, puesto que su ciencia que siempre anduvo en feliz consonancia con el sentir de su corazón, no nos muestra la vida como negación sino como terreno en donde se deben tomar impulsos para superarnos ascensos, en donde el hombre ha de ser gladiador para que la muerte sea laurel y no vergonzoso claudicar; el hombre que rodeado de los mismos pecados y liviandades, torturado por las mismas amarguras y desilusiones que aquejan la existencia de todos los que humanos somos, supo vencer y enseñarnos que el arte de la vida, desde el punto de vista de lo noble, sólo es

esperanza y sólo es ideal; el poeta que en cada verso sacó vencedor a Ariel y que en cada estrofa nos ha legado una verdad sobre la vida y un manantial de ilusiones; no fue el enfermo dado a escanciar todos los néctares y sufrir todas las miserias, sino el santo que por vivir apuró una sola amargura: la humana, pero que por vivir con esperanza conoció un solo placer: el divino.

Esperanza o idealismo, que en este caso es igual, y que en el teólogo poeta engendró esa realidad interior que hubo de brindarle sentires a porfía y en la cual su sér se colmó de plenitud al embriagarse de paz y majestad, armonías y ritmos que se confundieron para formar toda la trama y toda la urdimbre de una dulce utopía que para él constituyó la vida de su vida.

De aquí se deduce que el juicio doloroso que Fray Luis formulara acerca del mundo, surgió por ley necesaria de la comparación que irremediamente tuvo que hacer entre sus dos vidas, o dicho en otros términos, entre su realidad interior y la que se encontraba fuera de él; no como se ha sugerido, pues ha habido quien lo haga, que los reproches del agustino para con el mundo fueron hijos de una especie de mal humor, nacido a su vez de los dolores e injusticias a que lo sometió la existencia. Para mí tengo que quien tal escribió se ha dejado llevar hasta el extremo de confundir el aplomado sentido que de la vida tenía Fray Luis con lo que se califica de vulgar enfermedad. Si al hablar de la miseria y dolores terrenales nos quiere sólo probar que son efectos ineludibles de la dicha y el goce veleidosos que muchos intonso idealizamos y a los cuales quizá muchos más entregamos el destino, ¿por qué por decir tan grave verdad se le quiere acusar de señor de feas manías, que no hizo otra cosa que quejarse de día y de noche, ya que ni aun se soportaba a sí

mismo como todo malhumorado? Tal vez no se quiera significar tanto y se desee criticarle meramente el que no haya sido un ídola de la vida; pero, ¿puede darse un sabio, y de verdadera sabiduría como era la suya, que se enceguezca hasta el punto de elevar cánticos de alabanza incondicional a tan triste vivir?

Fray Luis de León, ni albergó en su espíritu la queja por no permitírsele su hermoso carácter, que la miraba como símbolo de impotencia y atributo de cobardes, ni se dejó alucinar hasta el extremo de cantarle a la vida cual si fuera perfecta; siempre fue hombre de juicio sereno y profundo para con las cosas humanas; también lo fue para con las divinas, mostrándose respecto de éstas más claro y cautivador, precisamente en los tiempos en que menos escaseaban los motivos para aparecer opaco y deslustrado; cosa por otra parte muy fácil de explicar, porque en Fray Luis ocurría que los reveses y las desventuras cambiaban la propiedad de abatir por el raro dón de intensificar sus elaciones místicas y nutrir de mayor fortaleza su fe, que también podía mover las montañas.

Y contra este hombre que por ser grande tuvo su calvario, se afilaron las garras de la perfidia y la asechanza; a este poeta que adoró tanto el bien, que sólo el cielo le llenaba el alma, le hicieron víctima de calumnias, persecuciones e injusticias, las mediocridades que no supieron comprenderlo y las astucias de espíritus tenebrosos a quienes mordía la envidia, que se exacerbaba más en ellos, al recibir como altiva respuesta el desprecio de quien siempre anduvo por encima de semejantes bajezas.

Afortunadamente para los fueros de la dignidad y el decoro y para confusión de la calumnia servil, ha habido hombres de claro prestigio en todas las ramas del sentir y del saber, que se han cuidado de proclamar la gloria y admiración a que se ha hecho acreedor

el ilustre teólogo. A mí sólo me corresponde repetir que fue único en la inspiración, solo en hermosura de talento, superior más que todos en cualidades éticas, y magnífico al expresar sentimientos en palabras, que su pluma vertía con musicalización inimitable.

RAMON SALAZAR SANTOFIMIO

Bogotá, mayo 10 de 1933.

## EL EDIFICIO DE LA GRAN EXPOSICION NACIONAL

(HISTORIA DE EL HOSPICIO)

Por Arturo Quijano

La Gran Exposición Nacional de 1931 ha sido instalada en un edificio que, aunque antiguo, es hoy el más extenso después del capitolio y de los cuarteles de San Agustín, de cuantos forman el centro de la ciudad.

No se ha escrito su historia especial; bien que en varios autores consten datos dispersos, correspondientes a diversas épocas. Formar de éstos un solo cuerpo, para hacerlos resaltar armónica y sucesivamente, es labor que se impone, antes de que las grandes edificaciones que allí levantará la Junta de Beneficencia (sin vender por parcelas un terreno que tendrá incalculable precio en el futuro)—para lograr una renta no soñada—borren para las generaciones la perspectiva de ese enorme caserón.

Al concurrir la primera noche a la inauguración de esa formidable empresa de optimismo y patriotismo, en hora feliz ideada y realizada por don Alfonso Mejía Robledo, vínosenos a la mente la necesidad y oportunidad de escribir aquella historia de conjunto (continuación de nuestros estudios sobre «Casas históricas de Bogotá»), a manera de contribución —en la esfera de nuestras actividades— a esa obra grandiosa, que tanto